

Para Irak, el futuro está en duda

Por Carlos Pérez Llana

Publicado en LA NACION el 13 de Julio de 2004

Cuando el presidente Bush dispuso la invasión de Irak, justificó la violación del orden jurídico internacional en nombre de dos amenazas y una ambición. Las amenazas aludían a la existencia de armas de destrucción masiva y a las conexiones entre Saddam y Ben Laden; la ambición consistía en instalar la democracia en Irak para transformar a ese país en un modelo democrático exportable al mundo islámico.

Como ya se sabe, nunca se pudieron comprobar las amenazas, de manera que sólo queda en pie la duda sobre el futuro democrático de Irak. Obviamente, ese futuro condicionará la seguridad internacional, en la medida en que existe una relación directa entre lo que suceda en Bagdad, el mapa político musulmán y el fenómeno terrorista.

En 1920, en la misma geografía, los británicos que ocupaban la Mesopotamia luego del colapso otomano, al no poder enfrentar la revuelta nacionalista. Londres se reservó bases militares y el negocio petrolero. En aquella circunstancia sus aliados locales fueron los sunnitas, quienes gobernarían Irak hasta la caída de Saddam. Como no podía ser de otra manera, jamás pudo haber democracia en ese contexto, con los chiitas y los kurdos fuera del poder.

Washington está corrigiendo el modelo de traspaso británico al instalar un gobierno con un primer ministro de la mayoría chiita, un presidente sunnita y una vicepresidencia y el Ministerio de Relaciones Exteriores para los kurdos.

La primera lectura apunta a la representatividad de las personas elegidas. ¿Acaso el primer ministro Allaoui, un nacionalista, ex

miembro del partido de Saddam, goza del apoyo del sector religioso chiita, liderado por el ayatollah Sistani? ¿Acaso el presidente, Ghazi Al Yaouar, aglutina a los sunnitas? Todo hace pensar que en verdad se ha entronizado a un chiita laico para evitar la entrega del poder a los sectores religiosos próximos a Irán. Cuando, poco tiempo antes de la entrega del gobierno, los EE.UU. rompieron sus vínculos con Chalabi, el opositor más encumbrado de Saddam, acusándolo de ser un instrumento de Teherán, no hicieron otra cosa que apostar por otro hombre más confiable, a quien se le atribuyen viejos vínculos con los servicios de inteligencia británicos y norteamericanos. Además, el actual primer ministro se inclinó por cooptar a los sectores conversos del antiguo régimen.

.
La segunda lectura hace hincapié en la relación entre los nuevos jerarcas y la realidad iraquí.

.
Lo que llama la atención es que casi todos han vivido fuera de Irak en las últimas dos décadas. ¿Cuál es, entonces, el grado de conocimiento de la realidad que este equipo tiene para llevar adelante la misión de restaurar el orden e instaurar la democracia, con el llamado a elecciones el año próximo?

.
El nuevo gobierno, que sólo ejerce una soberanía limitada, debe lograr de aquí a fin de año reducir la violencia y organizar las elecciones. En caso de avanzar el cronograma electoral, en enero de 2005 se estaría votando para elegir una asamblea. Luego habría que redactar una Constitución definitiva y, al finalizar el año, habría que elegir un auténtico gobierno.

.
Para reducir la violencia, la única posibilidad de éxito radica en que la policía y el ejército, en vías de gestación, resulten eficaces y que la oposición decida interrumpir sus acciones. Lo primero no es fácil y está relacionado con la proporción de ex partidarios de Saddam habilitados para retornar a las estructuras de seguridad. Lo segundo depende de la voluntad de los sunnitas de apoyar a un gobierno encabezado por un chiita laico y de los religiosos chiitas, que se mantendrán expectantes en tanto y en cuanto estén convencidos de que ganarán las elecciones. Respecto de los kurdos, a ellos les preocupan menos los candidatos que la futura

Constitución. Para esta nación sin Estado, la clave es la aceptación del federalismo, cosa que los chiitas no parecen dispuestos a ceder. Si intuyeran que no se les reconocerán sus derechos, seguramente optarán por la secesión y allí se abriría el escenario más temido en la región, de Turquía a Irán, pasando por Siria: la fractura de Irak.

Desafortunadamente, el futuro de Irak parece alejado de la democracia y condenado a revivir una dictadura, un "Saddam sin bigotes", como ya se lo denomina al nuevo primer ministro, un régimen chiita tutelado por Irán o la etnización comunitaria que padece el Líbano.

El autor es profesor en las universidades San Andrés, Siglo 21 y Di Tella